

PICAHIELO

Lina
María
Pérez
Gaviria

Ganó fama arremetiendo contra todo. Escribió para exasperar, para desplumar al lector sin gratuidades ni efectismos. Si usted acepta el reto de la inteligencia de Thomas Bernhard, de su atrevimiento y de su contundente sensibilidad sin zalamerías, los dos se enfrentarán desnudos de complacencias. Y entonces usted lo disfrutará y no podrá desprenderse del maldito libro. Entenderá que su literatura es una reflexión sobre asunto tan común y corriente como el ser humano y materia tan ordinaria como la existencia. Pero no en sus heroísmos, sino en la simple condición de derrotados de la vida. Para eso, según él, vale la pena escribir pero también desechar. “[...] sería una concepción agradable de la literatura: se desgarrar, se lee y se tira de inmediato. Lo terrible es que, luego, la gente coloca los libros en las paredes, y se quedan allí decenas de años sin hacer más que oler mal”.

Concédame usted, al menos, una brizna de socarronería y los dos salimos ganando. Conocemos bibliotecas que huelen mal, ¿verdad? Y, además, son sordas y mudas, ignoradas hace decenas de años. Confieso que no sería capaz de lanzar a la basura libros que me hayan retado con sabia insolencia. Mi biblioteca es un nido de tibiezas, gestos y abrazos. La habitan libros cargados de emociones en páginas inolvidables. Objetos plurales, simples bloques con sus lomos y alturas desiguales y títulos de identidad. Criterios de lugar, época, género, qué sé yo, los unieron unos con otros. Si diluyo sus apariencias concretas, los concibo como portadores de universos extraordinarios que, en mi imaginación afebrada, adquieren dimensiones monumentales. ¿Toca sus libros? ¿Atiende sus voces? ¿Les pide compañía, consuelo, piedad? Para mí, siguen vibrando en sus páginas mentiras hermosas o terribles, fábulas redentoras o crueles, y personajes entrañables con triunfos y reveses.

Observe mi biblioteca. La mayoría de los libros duerme, y los que están despiertos me acechan con ganas. Los más atrevidos abren sus brazos seductores. Otros suplican caricias, aquiescencias. Repaso autores, títulos, sellos editoriales, conmociones que me brindaron. Kafka nos dice al oído:

Si el libro que leemos no nos despierta como un puño que nos golpeará en el cráneo, ¿para qué leemos? ¿Para que nos haga felices? Dios mío, también seríamos felices si no tuviéramos libros, podríamos, si fuera necesario, escribir los mismos libros que nos hagan felices. Debemos tener esos libros que se pre-

cipitan sobre nosotros como la mala suerte y que nos perturban profundamente, como la muerte de alguien a quien amamos más que a nosotros mismos, como el suicidio. Un libro debe ser como un pico de hielo que rompa el mar congelado que tenemos dentro.

Examino maestrías: ingenio, sustancia, intensidad, seducción, verdad estética, hondura, lenguaje, estremecimientos... Y, entonces, Thomas Bernhard me tiende la mano. Me mira desde el estante donde guardo, como un tesoro, muchas de sus obras narrativas. El exasperador, el desplumador. Un picahielo. El del reto de marras. El autor que, felizmente, sacude los cimientos vitales. No me mire así, cara de tonto. ¡Atrévase! Su poética es ese pico de hielo que desgarras las convenciones de sus lecturas complacientes. Su guiño ratifica una conexión felizmente iniciada cuando conocí, amé y sufrí con las desgracias de Wertheimer, *El malogrado*, contadas por el personaje narrador.

Bernhard murió en 1989, pero su literatura vibra como si acabara de salir de su inventiva. La vitalidad de su escritura obsesiva, reiterativa, cargada de sublevaciones y denuncias me estremece con cada palabra, obligándome a reflexionar sobre mis certezas. En sus monólogos apabullantes hay que tomar aire para no sucumbir, para no consumirse, porque en el fondo, si usted lee con una armadura para empezar a conocerlo, verá que él habla de usted, pone el espejo delante de sus ojos, le desgarras la piel. Y nos espantamos, pobres de nosotros. Pero el desgarrar también reconforta, mueve hacia una nueva libertad de pensamiento, hacia una renovada sensibilidad.

Cuando accedí a intimar con él, mi corazón, mi aliento, mis conmociones se volvieron deleite obsesivo y ya no puedo desprenderme de él. Lo necesito para que los derrumbamientos que él origina me aterricen en mi más auténtica condición humana. El lenguaje directo de sus personajes clava el punzón, y el lector agradece que haya penetrado ese complejo mar congelado que llevamos dentro junto al hipócrita tejido social que él denuncia y critica demolidamente sin compasión. Somos seres ordinarios, más o menos resignados, que empujamos la vida como mejor podemos. Si usted se atreve, Bernhard despedazará sus certezas y su existencia tendrá una nueva interpretación de los afectos, de las instituciones, de los convencionalismos. Examine, por ejemplo, el iceberg interior de su connivencia con la idea de felicidad. Las

palabras del personaje que habla sobre su malogrado amigo rompen nuestras estrecheces:

En definitiva estaba enamorado de su fracaso, si es que no chiflado incluso, pensé, se había obstinado en ese fracaso hasta el fin. Realmente podía decir, en efecto, que sin duda era infeliz en su infelicidad, pero hubiera sido todavía más infeliz si de la noche a la mañana hubiera perdido su infelicidad, si se le hubiera privado de ella en un momento, lo que sería a su vez una prueba de que, en el fondo, no fue en absoluto infeliz, sino feliz, aunque sólo fuera a causa de su infelicidad y con ella, pensé.

En Austria, donde Bernhard murió, fue considerado *persona non grata*. Generaba escándalos, polémicas y rabias. ¡Cómo así —dirían los estamentos oficiales austríacos—, tolerar una obra tan atrevida que iba contra todo lo que se consideraba moralmente aceptable: el matrimonio, la sociedad, el sistema educativo, la medicina, la felicidad, la paz interior, el velo de la verdad verdadera, el psicoanálisis, la religión, la política, las artes, y Austria misma, a la que decía aborrecer! ¡Desacralizar a los Artistas, esos seres auto iluminados que imponen mitologías para que las sociedades modernas tengan en qué aferrarse! ¡Cómo no iban a resultar temerarias y perturbadoras sus palabras! Así escribió en *Helada*:

[...] los artistas son los grandes vomitivos de nuestra época, siempre fueron los grandes, los más grandes vomitivos... los artistas, ¿no son como un devastador ejército de lo ridículo, de la escoria? [...] Los artistas son los gemelos monocigóticos de la hipocresía, los gemelos monocigóticos de la bajeza [...] son todos insípidos y fanfarrones...

Ser escritor significa ejercer conciencia de horadar las entrañas del lector. Los grandes nos lo han enseñado. Antes de Bernhard, ya Marcel Proust mostró que la voz literaria en quien el escritor deposita toda la fuerza de su mundo estético y vital es la responsable de los estremecimientos más profundos en el lector. Marcel, el narrador, desde su niñez, buscó el tiempo de las emociones con su *tempo* interior. Y sumergido dentro de él, reveló la memoria involuntaria como herramienta de reflexión sobre los temas fundamentales del ser humano. Ahora, si usted piensa que la

magdalena, el tintineo de la cuchara en la taza de té, la campana del portón de la tía Leonie o el roce de la baldosa de la casa de Madame Verdurin convertida en princesa, le dan autoridad para ir del mundo de Combray al mundo Guermantes a su antojo sin dejarse enterrar el taladro, jamás encontrará su tiempo perdido. Porque a Proust hay que leerlo como se lee a Bernhard: exponiéndose al exabrupto de ser poco menos que un bicho observado con una lupa, y como tal, objeto de disección de emociones, de costumbres, de vicios y vergüenzas. Bernhard a su vez, emprende una biografía ficticia desde *El Origen*. No importa si coincide o no con hechos reales, como ocurre entre el escritor y el narrador proustianos. Interesa el mundo opresivo, oscuro, siempre a punto de helarse, sus atmósferas que aniquilan hasta la desesperanza. Su conciencia de escritor apunta, como dice en *El italiano*, a escribir con un punzón palabras nacidas en una masa maligna.

[...] es como un juguete, se colocan unas cosas sobre otras, es un proceso musical. Cuando se ha llegado a cierto nivel, después de cuatro o cinco pisos —se llegan a construir— se ve la realidad del conjunto y, como un niño se destruye todo. Sin embargo, mientras uno cree que se ha liberado, le está creciendo ya otro tumor, que resulta ser un nuevo trabajo, una nueva novela, en algún lugar del cuerpo, que crece cada vez más. En el fondo, un libro así no es más que un tumor maligno...

Ahora, no piense usted que los suicidios, la obsesión por la música, los fracasos, el pesimismo y las desolaciones le dan autoridad para transformar en anécdotas los complejos mundos bernhardianos. Si no permite el picahielo en sus entrañas, usted habrá perdido su tiempo.

Lo voy a crispar aún más con palabras inadecuadas, exquisitamente atrevidas. Bernhard escribe desde su sillón de orejas en *Tala*, la formidable autopsia que hace sobre las reuniones sociales: “Reprochamos a las gentes todas las cosas insoportables y repugnantes imaginables y nosotros mismos no somos menos insoportables y repugnantes que ellas”.

Thomas Bernhard, desde la repisa superior derecha de mi biblioteca, sabe que siendo niña aprendí a leer poemas, cuentos, novelas, olvidándome de la semántica que conlleva la vida. Los primeros asombros me enseñaron que los escritores inventan sus lenguajes

como instrumentos estéticos. Se dejan iluminar por el arsenal de maravillas que brindan las palabras: sonidos y colores, significados, esencias y malabares. Hasta el día que conocí a Bernhard, leía hechizada, atrapando voces, metiéndome en las pieles y las desmesuras de los escritores. Ellos abrían las puertas a los ámbitos del símbolo literario, donde las palabras articulaban su semántica de milagros. Advierto que a Bernhard no puede leerse así. Él lo sabe. Construye —o destruye— sus historias sin piedad con el lector, sin pretender nada distinto que las palabras nombren la autocondena, la autohumillación, la desesperanza y que sólo a veces es posible permitir una brizna de luz en la vida. En alguna entrevista dijo: “Sólo escribo porque hay muchas cosas desagradables. Si todo fuera agradable, probablemente no podría escribir nada en absoluto. Nadie escribiría”. Es su conciencia de picahielo.

En Thomas Bernhard el sortilegio está aderezado con el veneno de su reflexión demoledora sobre lo que somos allá en lo profundo, en nuestro “mar congelado”, donde no hay apariencias ni contemplaciones. Espere, no intento desanimarlo como potencial bernhardófilo. Si tiene el coraje de atreverse, caerá en el hechizo y nunca podrá desprenderse de él. Tal vez, su sensibilidad e inteligencia permitan que el veneno se convierta en un bálsamo de verdades hacia un conocimiento vital de sus más hondas esencias, como lo hacen Proust y otros sabios de la palabra. Sus discursos exasperantes ponen al lector frente a una poética nítida y condensada, frente a la desgracia suma y suma abyección humana, frente a la total desolación, la cruda realidad sin velos, en fin, un territorio estético de desparpajo, agudeza, socarronería y libertad insólita. Atrévase, el maldito libro se transformará en el libro imprescindible. ■

Lina María Pérez Gaviria (Colombia)

Narradora bogotana con ancestros antioqueños. Ha publicado: *Cuentos sin antifaz*; *Vladimir Nabokov: A la sombra de una nínfula*; *Cuentos punzantes*; el relato infantil *Martín Tominejo*; la novela juvenil *El cazador de ruidos* y la novela *Mortajas cruzadas*. Ha obtenido los siguientes reconocimientos nacionales e internacionales: el Premio Internacional de Cuentos Juan Rulfo convocado por Radio Internacional de Francia (1999), el Premio Nacional de Cuentos Pedro Gómez Valderrama del Instituto Municipal de Cultura de Bucaramanga (2000) y el XXXII Premio Internacional de Cuentos Ignacio Aldecoa (España, 2003).